

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

LA MUERTE INFANTIL EN LA NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

Por **Íñigo Salinas Moraga** - Universidad Internacional de La Rioja

RESUMEN

El objeto del siguiente artículo es analizar de manera unificada dos de las constantes de la obra literaria de Miguel Delibes: infancia y muerte. Con ello se pretende demostrar que la frecuencia con la que se cruzan ambos extremos no es un hecho casual, tal y como el mismo autor reconoció. Para ello, se analiza cada una de las muertes infantiles en la obra novelística de Delibes, anotando sus tipologías y la relevancia que tienen en la trama argumental. Y es que muchas de las obras de Delibes no serían posibles sin la muerte de uno de sus personajes infantiles, ya sea porque su fallecimiento es el punto de partida de la historia o porque es la causa que justifica el desenlace del texto.

Palabras clave: literatura española, Miguel Delibes, infancia, muerte.

ABSTRACT

The purpose of the following article is to analyze in a unified way two of the constants of the literary work of Miguel Delibes: childhood and death. This is intended to show that the frequency with which both extremes intersect is not a coincidence, as the author himself acknowledged. To do this, each of the infant deaths in Delibes' novelistic work is analyzed, noting their typologies and the relevance they have in the plot. And is that many of Delibes's works would not be possible without the death of one of his childhood characters, either because his death is the starting point of the story or because it is the cause that justifies the outcome of the text.

Keywords: Spanish literature, Miguel Delibes, childhood, death.

1. UNA OBSESIÓN

Si existen unos temas que se puedan calificar como recurrentes en la obra novelística de Miguel Delibes (Valladolid, España, 1920-2010) estos son la infancia, la naturaleza, el prójimo y la muerte (García Domínguez, 2010: 391; Sevilla-Vallejo, 2022; Sevilla-Vallejo et al., 2023). Sin embargo, dando un paso más se puede afirmar que es la muerte la que actúa como elemento aglutinador del resto de temas (Salinas Moraga, 2016: 265-266). Incluso cuando esta no es el asunto central de la novela, se torna tan determinante que se antoja inseparable de la trama. Porque la muerte aparece de manera irremediable en la novela delibesiana, ya sea como elemento catalizador de todo lo demás, ya como accesorio indispensable de lo principal. Y es que admitir que la muerte «es un tema de recurrente aparición en la obra de Delibes» (Cuadrado Gutiérrez, 2011: 74), además de no ser un juicio

arbitrario, es una sentencia sostenida por la crítica especializada, evidente tras la lectura de sus textos y ratificado por el propio autor en más de una ocasión: «Este sentido latente de la muerte [...] está presente en todas mis novelas», concluyó en una conversación con Alonso de los Ríos (2010: 84).

Al hablar de las constantes de mi obra suelo asociar la infancia, la muerte y la naturaleza. A veces las tres constantes coinciden en un mismo relato, como sucede en *El camino*, y otras se da el contrasentido de que sea un niño que apenas ha comenzado a vivir el que muere (*La sombra del ciprés es alargada*).

Si un autor de la talla de Miguel Delibes admite de una manera inequívoca una obsesión, el paso siguiente casi se da por inercia: ¿Cuándo comenzó dicha obstinación? ¿Cuándo empezó la muerte a hacerse un hueco en la mente del Premio Cervantes? Desde su más tierna infancia, como suele suceder en todos aquellos aspectos que terminan por marcar la vida de las personas:

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

Ya de niño a mí me ocurría, por ejemplo, que al llegar a las escaleras de mi casa me imaginaba que un día bajarían por allí el ataúd con el cadáver de mi padre. Estas imaginaciones que reservaba para mí y no las confiaba a nadie, se repitieron hasta convertirse en una obsesión (Alonso de los Ríos, 2010: 55).

Si la angustia por la muerte salió a la luz al mismo tiempo que afloraba la razón, el recurso a temas mortuorios se prolongó durante toda la vida del escritor, ya no solo en lo referente a su obra novelística, sino también en el aspecto vital, e incluso entrelazando ambas vertientes, como sucede, por ejemplo, en *Señora de rojo sobre fondo gris*, su obra más autobiográfica, «desgarradora y emotiva» (Buckley, 2012: 183), cuyo final sin edulcorantes muestra una normalidad tal y afrontar los últimos días de vida de su mujer (Ana en la novela, Ángeles en la vida real) que pone los pelos de punta: «Si la muerte es inevitable, ¿no habría sido preferible así?» (Delibes, 2009: 668).

La sombra de esta obstinación del autor vallisoletano por la muerte está presente en todas y cada de las páginas en las que Delibes aborda la naturaleza, el amor, el prójimo, la injusticia social...pero sobre todo cuando su bolígrafo da forma a personajes infantiles. O así al menos lo avaló él mismo:

He observado que esta doble inclinación mía a novelar la infancia y la muerte terminan encontrándose, y entonces surge el patetismo: la muerte de un niño, lo más tremendo y paradójico que existe en el mundo [...]. De manera que, efectivamente, hay una confluencia de los dos temas -infancia y muerte- demasiado frecuente en mi obra para ser casual. Esto ya no es un hecho normal (Buckley, 2012: 37).

Cuando un desasosiego tal sale de la boca de un escritor que tiene un hueco entre los brandes de la literatura, se antoja necesario coger al vuelo dicha inquietud con el fin de llevar a cabo un análisis de todos los pormenores. Y eso es precisamente lo que se estudia en este artículo. Sin embargo, en vez de

analizar la muerte como algo general en la obra delibesiana, se estudiarán los decesos de los personajes infantiles, por ser la infancia y la muerte dos temas de frecuencia inusitada en la novela de Delibes. Con las miras puestas en llegar a unas conclusiones concretas y novedosas, además de contabilizar todos y una uno de los decesos infantiles, se determinará su repercusión en la obra; repercusión que se intuye relevante, ya no únicamente por la frecuencia constante, sino también, y sobre todo, por la influencia directa que dichos fallecimientos tempranos ejercen en la trama. Por los mismos motivos, el estudio indagará también en las causas concretas que traen consigo la muerte de los personajes infantiles así como todas aquellas circunstancias que hay alrededor de cada óbito, tales como ciertos acontecimientos que posteriores a la muerte (velatorio, funeral, entierro) y, en su caso, la presencia de manifestaciones de índole religiosa que rodean a la muerte a tenor de la «fe cristiana» (Buckley, 2012: 37) que profesaba Delibes y, que, por consiguiente, se da por supuesta en su obra.

2. METODOLOGÍA

Para demostrar la veracidad o falsedad de las hipótesis planteadas y alcanzar los objetivos propuestos, se parte de una metodología centrada en un análisis del discurso que se centra en cuantificar cada uno de los fallecimientos infantiles que se mencionan de manera directa en las 26 novelas de nuestro autor¹. Así, saldrán a la luz datos incuestionables por su objetividad tales como la relevancia del fallecido en la novela (personaje principal, secundario o meramente citado), si es varón o mujer, las distintas tipologías mortuorias o, en su caso, las ceremonias que se organizan en honor del muerto. Aunque es cierto que la metodología de estudio cuantitativa es la preponderante en un primer momento, también lo es que esta no es más que el punto de partida necesario para después analizar cualitativamente dichas cifras. Y es que el análisis de contenido «parte de una serie de

1. «Y bien; cuando mi obra, dicho lo dicho, está concluida, y por tal la doy, veo con satisfacción que los prestigiosos editores de Círculo de Lectores y Ediciones Destino se ocupan ahora de recopilarla y reunirla en siete volúmenes» (Delibes, 2007: 17).

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

presupuestos, según los cuales, un texto cualquiera equivale a un soporte en el que, y dentro del cual, existe una serie de datos» (Ruiz Olabuénaga, 2003: 196).

Para lograr lo dicho, el punto de partida no es sino una serie de interrogantes formulados siquiera de manera vaga para inmediatamente después proceder a la lectura de todas las novelas de nuestro autor para así poder anotar las primeras intuiciones (Bardin, 2002) del tratamiento que Delibes hace de la muerte de sus personajes infantiles, la frecuencia de dicha muerte en el conjunto de sus novelas así como otras variables que se irán añadiendo al ritmo que avanza la investigación. Conforme se lee cada una de las 26 novelas, se anotan las referencias directas a los decesos infantiles al mismo tiempo que se crea la primera tabla que sirve para cuantificar las muertes y sus circunstancias. Varón o mujer, protagonismo del fallecido o causa que lleva a la muerte son variables de partida inexcusables, lo que no implica incluir otras variables si la reiteración o interés así lo exigen. Igualmente, es posible descartar algunas variables que sirven de punto de partida

pero que conforme se avanza con la investigación se antojan prescindibles por carecer de peso específico en el estudio.

Como no podía ser de otra manera, aunque se parta de un análisis cuantitativo, se antoja necesario no obviar que se trata de un análisis de una obra literaria, por lo que ceñirse a encajonar diferentes variables en celdas no es el objetivo de este artículo, sino el instrumento necesario para traducir la realidad que se oculta tras las muertes infantiles, ya que «los hechos no tienen sentido excepto dentro de algún sistema de valores; y de aquí que no pueda haber una valoración objetiva de ninguna proposición» (Reid y Sherman, 1994: 317).

Dicho lo cual, las variables que finalmente se han mantenido por servir para sacar a la luz todas aquellas circunstancias que rodean a cada uno de los decesos infantiles son las que siguen: 1 (personaje principal), 2 (secundario), 3 (citado), 4 (varón), 5 (mujer), 6 (causa de muerte desconocida), 7

(enfermedad), 8 (accidente), 9 (asesinato), 10 (suicidio), 11 (guerra), 12 (decapitación) y 13 (exequias).

Las cinco primeras variables determinan los aspectos personales del muerto. Así, de la primera a la tercera determinan el papel que el fallecido desempeña en la obra. En este sentido, se considera personaje principal a aquel que «constituye el núcleo generador de la intriga» (Estébanez Calderón, 2016: 1081) y la trama no es posible sin su presencia. Respecto al personaje secundario, se considera como tal aquel que el lector sabe de su existencia pero cuyas apariciones podrían suprimirse sin excesivo menoscabo de la trama, aunque sí con cierto resentimiento de la misma. El sexo del personaje fallecido lo marcan los variables cuatro y cinco (varón y mujer, respectivamente).

Las causas concretas del fallecimiento las determinan las siguientes siete variables, que además de determinar el hecho que provoca la muerte, sirve para después analizar de manera pormenorizada todas aquellas circunstancias que giran alrededor de dicho deceso, por lo que, una vez más, se parte de unos datos cuantitativos para pasar a su cara cualitativa.

Los actos posteriores al fallecimiento de un personaje infantil de los que puede ser objeto o, sencillamente, la muerte, no tienen por qué traer consigo el final de la presencia del finado en la novela. En varias ocasiones la muerte no es más que el motivo que justifica la novela o un hecho tan determinante que la sombra de la desgracia se alarga durante varias páginas de la novela. Las referencias al velatorio, entierro y/o funeral del finado no es conveniente pasarlas por alto por su relevancia y relación con el hecho mortuorio. A veces Delibes se sirve de una simple cita para dejar constancia de los actos de despedida, mientras que en otras se esmera en describir con todo tipo de detalles los actos de honra al joven muerto. En otras ocasiones, nuestro autor da un paso más e incluye ciertos aspectos religiosos justo antes o inmediatamente después del óbito, como puede ser la confesión del moribundo, la extremaunción o, sencillamente, la presencia de un sacerdote en el lecho de muerte. Todas estas circunstancias se incluyen en la variable número trece.

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

Una vez más, la simple inclusión del dato aporta poco a la investigación, pero es el punto de partida para un análisis cualitativo posterior del que se podrán extraer conclusiones de calado en lo referente a las exequias.

Ya con las variables sobre la mesa, basta con anotar cada una de las muertes infantiles que se suceden a lo largo de las 26 novelas delibesianas. Una vez anotadas y ya con datos objetivos, se pasa a un estudio cualitativo que sirve para pulir los resultados. Por ejemplo, se contabilizará como un solo fallecido aquellos decesos que se describen de manera unitaria en un mismo acto descriptivo y se matizarán las muertes que no son reales por ser soñadas². Para su más sencillo análisis, se presentan los resultados iniciales en forma de tabla. En concreto, cada número de la columna de la izquierda se corresponde con una muerte, mientras que cada número de la fila superior se refiere a cada una de las

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
1			■	■			■						
2	■			■			■						■
3			■	■					■				
4			■	■					■				
5	■			■				■					
6			■	■			■						
7			■	■		■							
8			■	■		■							■
9		■		■				■					■
10			■	■	■					■			
11			■	■		■							
12	■			■				■					
13			■	■		■							
14			■	■		■							
15			■	■							■		
16	■			■								■	
17			■	■	■			■					
18			■	■			■						

2. Con la intención de obtener resultados coherentes con la realidad literaria objeto de estudio y para tratar de no sacar conclusiones reales cuantitativamente pero erróneas en lo cualitativo, en los casos en los que se citan varias muertes de manera simultánea con circunstancias idénticas únicamente se contabiliza una. Esto sucede en dos ocasiones: La primera de ellas en *Los nogales*, donde se cita el fallecimiento de cinco hijos, y la segunda en *La barbería*, donde se narra la muerte de «dos hermanitos que nacieron allá por los años 40 y 42» y que «murieron al poco tiempo» (Delibes, 2008: 928).

3. Cada uno de los dieciocho números de la izquierda representa a un personaje infantil muerto. Así, y siguiendo el orden de aparición, son los que siguen: Manolito, Alfredo, hijo de la Germana, hijo de Irene, Germán, hermano de Cecilio, desconocido, Raulito, Mele, Tomasita Espeso, Paquito, Tim, cinco hijos (uno a efectos de cómputo), dos hermanos de don Floro (uno a efectos de cómputo), desconocido, Gervasio, Mar y Gallofa.

trece variables que se acaban de detallar en los párrafos precedentes³.

3. LA MUERTE INFANTIL COMO RECURSO

Una vez acotadas todas las muertes infantiles, se antoja imprescindible dar voz a los recuadros sombreados. Únicamente de esta manera los resultados mostrarán la realidad que se esconde detrás de cada muerte y no un simple listado frío incapaz de explicar las circunstancias de cada deceso infantil.

De los dieciocho personajes infantiles que pierden la vida de manera explícita en las veintiséis novelas, la mayoría desempeñan un papel meramente testimonial en la obra. En concreto, ascienden a trece de esos dieciocho los infantes muertos cuya presencia es prescindible, lo que representa un 72%. Por el contrario, los niños protagonistas que mueren son cuatro, cifran muy a tener presente teniendo en cuenta que suponen el 22% del conjunto de muertes infantiles. Por último, Mele (*Diario de un cazador*) es el único personaje secundario que pierde la vida.

Comenzando por el grado de protagonismo, los personajes infantiles principales que fallecen son, de nuevo siguiendo el orden de publicación: Alfredo (*La sombra del ciprés es alargada*), Germán el Tiñoso (*El camino*), Tim (*Los raíles*) y Gervasio (*Madera de héroe*). El protagonista de la primera novela muere a los doce años de edad tras sufrir varios episodios de hemoptisis, mientras que Germán el Tiñoso se fractura la base del cráneo después de resbalar «en el légamo que recubría las piedras» (Delibes, 2007a: 424).

Aunque se contabilizan otras dos muertes de personajes infantiles protagonistas, estas no deben tenerse en cuenta por tratarse de decesos

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

oníricos y que, por tanto, nada aportan al campo objeto de estudio. Se trata de Tim y de Gervasio. El primero sueña que muere al ser atropellado por un camión (Delibes, 2008a: 858-859), mientras que Gervasio muere en dos sueños: Primero es su hermana Cruz la que sueña su muerte (Delibes, 2009a: 316) y después es él mismo el que imagina que la niña Manena Abad llora desconsoladamente tras su pérdida (Delibes, 2009a: 468). Por lo dicho, aunque son cuatro los niños protagonistas fallecidos, en realidad tan solo son computables dos por ser las únicas muertes reales y que, por tanto, tienen repercusión en la trama novelística.

Ya en lo referente al sexo de los muertos, la gran mayoría de ellos son varones. En concreto, ascienden a dieciséis los niños fallecidos por tan solo dos los personajes femeninos, y de estos últimos dos, Mar (*Señora de rojo sobre fondo gris*) pierde la vida en sueños, por lo que dicho acontecimiento en nada influye en el desarrollo de la novela.

Por lo dicho, aunque los datos saquen a la luz una cantidad de muertes infantiles considerable, dichas muertes son las relevantes precisamente por su cantidad y distribución homogénea a lo largo de las novelas de Delibes que por su importancia cualitativa. En concreto, las dieciocho muertes citadas se distribuyen en quince novelas, o lo que es lo mismo: en el 58% de los textos delibesianos fallece al menos un personaje infantil, de lo que se concluye que el ánimo mortuario es, efectivamente, una constante en su obra y no fruto de una época literaria o vital de nuestro autor. Dicha constancia, sin embargo, no puede equipararse a relevancia, ya que la inmensa mayoría de los decesos podrían obviarse sin menoscabo de la trama.

4. LA FRECUENCIA DE LA VIOLENCIA

Aunque la mayoría de las muertes infantiles se deben a causas desconocidas (28%), la realidad es que si se suprime dicha razón y se atiende en exclusiva a la naturaleza natural o violenta⁴ como causa del deceso, los resultados son más que sorprendentes por contundentes. Es verdad que la muerte natural no es algo normal en un joven, pero el porcentaje de muertes provocadas por causas violentas es bastante más elevado de lo que se podría esperar.

Así, una vez suprimidas las cinco muertes acaecidas por circunstancias desconocidas (un desconocido en *Mi idolatrado hijo Sisí*, Raulito en *La Partida*, Paquito en *Las ratas*, cinco hijos en *Los nogales* y dos hermanos⁵ en *La barbería*) las tipologías mortuorias quedan de la siguiente manera: Cuatro infantes sucumben a algún tipo de enfermedad (22%) mientras que el resto (nueve) mueren por causas que pueden ser calificadas como violentas, a saber: suicidio (6%), asesinato (16%), tras sufrir un accidente (16%), decapitación (6%) y a causa de un conflicto bélico (6%). De lo dicho se desprende un dato llamativo: La violencia está detrás del 70% de las muertes infantiles.

Además, los niños que fallecen por causas desconocidas son personajes cuya presencia en la obra es meramente testimonial y su cita sale a colación por otro asunto más relevante cuya omisión es posible sin menoscabo de la trama. Por ejemplo, en el caso de la muerte del personaje desconocido en *Mi idolatrado hijo Sisí*, se referencia el fallecimiento del hijo del ama Jacoba porque, al igual que él, el estado del pequeño Cecilio, aun siendo todavía niño de cuna, era crítico (Delibes, 2007b: 553). Raulito, por su parte, «era breve y enclenque como un pájaro en carnutas» (Delibes, 2007c: 776) mientras que Paquito «está en el camposanto» junto a su padre, tal y como rememora la Sime, madre del niño (Delibes, 2008b: 761). Lo mismo sucede en el caso de los cinco Nilos (Delibes, 2008c: 914) mientras que, por último,

4. Se incluyen como causa natural de fallecimiento aquellos casos en los que la mano del hombre no interviene, mientras que es necesaria la acción voluntaria de un tercero (o de uno mismo en el caso del suicidio) para poder calificar la muerte como violenta.

5. Tanto los cinco hijos como los dos hermanos se contabilizan como dos muertes y no como siete por tratarse de muertes que suceden bajo circunstancias idénticas y que se describen en un mismo acto literario. De no computarse de esta manera, el análisis se desvirtuaría y los resultados estarían falseados.

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

la referencia a la muerte de los dos hermanos en *La barbería* viene a colación para justificar que “Floro era hijo único” (Delibes, 2008: 928).

La enfermedad en cualquiera de sus variantes es la primera tipología mortuoria específica de los personajes infantiles en las novelas de delibesianas. Manolito muere de disentería mientras que Alfredo lo hace de hemoptisis (*La sombra del ciprés es alargada*), un hermano de Cecilio padece sarampión (*Mi idolatrado hijo Sisi*) y Gallofa sucumbe a la peste (*El hereje*). Alfredo es el único personaje de cierta envergadura que fallece tras sufrir una enfermedad. El resto son personajes irrelevantes en la novela y, consecuentemente, la descripción de la enfermedad que termina con su vida es superficial. En concreto, la descripción de la muerte de Manolito se lleva a cabo en un abrir y cerrar de ojos, tanto es así que está se resume en un ripioso epitafio: «El niño Manolito García murió en aciago día víctima de una terrible disentería» (Delibes, 2007d: 76). El sarampión termina de forma prematura con la vida del hermano de Cecilio: yo tuve mi primer hijo a los veintitrés años y se murió de sarampión. No le brotó: creo que yo no tuve la culpa de ello (Delibes, 2007b: 501) y entre los cuarenta y siete personajes de *El hereje* que sucumben a la peste (Salinas Moraga, 2016: 108) se encuentra el niño Gallofa (Delibes, 2009b: 807).

Al ser Alfredo un personaje protagonista en la novela, la descripción de la afección que termina por matarle se lleva a cabo de manera muy concisa y sin suprimir detalles:

¿Será que Alfredo empieza a ser condescendiente porque presiente el tránsito, porque ya ha empezado a morir? [...]. Alfredo estaba sonriendo, pero sobre el embozo de la sabana había vuelto a surgir la terrible mancha roja. El señor Lesmes apoyaba su oído sobre el pecho de Alfredo. Al incorporarse dijo que «no» con la cabeza [...]. Don Mateo asió la sábana por el borde y la levantó cubriendo el rostro lívido de Alfredo. De improviso penetraron en la estancia muchos alaridos y tras ellos una mujer [...]. Gritó aún más fuerte al ver el bulto en la cama, coronado por una mancha roja. Se arrojó sobre

él y le destapó. Alfredo seguía sonriente [...]. Se abrazó a él su madre, incorporándolo. cuando lo soltó, el busto de mi amigo se desplomó, rígido y pesado, sobre la almohada, escurriendo le un hilillo de saliva rosada por la comisura izquierda de la boca (Delibes, 2007d: 109-112)

Si bien es cierto que la enfermedad centra los fallecimientos infantiles cuya causa se conoce, no conviene perder de vista la realidad de los decesos prematuros en las novelas de Delibes. Y es que, si se suprimen las tipologías mortuorias desconocidas y las enfermedades, el resto de muertes (70%) están provocadas por actos violentos provocados por la intervención directa del hombre, tal y como se analiza a continuación.

Los niños que pierden la vida asesinados son tres, lo que representa el 16% de las causas infantiles de muerte. Sin embargo, este porcentaje no es representativo si se rebaja en coherencia con la relevancia real de dichas muertes en el argumento. A saber: Dos de esos tres crímenes se cometen en sueños, por lo que en nada repercuten en el devenir de la trama. El único asesinato computable es el del hijo de la Germana, en *Aún es de día*, que da luz siete meses después de quedarse embarazada y asfixia al neonato nada más desprenderse de él para de esta forma evitarse la condena social que en aquella época traía consigo ser madre estando soltera. La detallada y cruda descripción del infanticidio fue censurada en la primera edición de la novela, allá por 1949, pero nuestro autor se decantó por incluirla completa en la versión definitiva de una obra que nunca fue del gusto de Delibes:

Pero la criatura, como si presintiese su negro destino, comenzó a guerrear con todas sus ganas al atravesar el vestíbulo. La Germana aceleró el paso, apretó el bulto contra sí y, una vez en el almacén, prendió un cabo de vela que ya tenía dispuesto para el caso, hizo tiras de un saco y ahogó los vagidos del pequeño retirándoles la boca con los trozos de esparto. El niño se asfixió instantáneamente [...]. La Germana actuaba con irritante sangre fría, como si en vez de estar borrando las huellas de un hijo asesinado estuviera borrando simplemente las huellas de un leve desliz [...]. lo principal era deshacerse de aquel estorbo, que era lo único que podía crearle complicaciones (Delibes, 2007e: 984-985).

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

De esta forma, la repercusión real de los crímenes como causa de muerte de los personajes infantiles creados por nuestro autor se puede considerar como poco o nada relevante por no cometerse dos de esos asesinatos. El otro, si bien sí se cometió finalmente tras ser reintroducido una vez extinta la censura, bien podría haberse mantenido suprimido sin menoscabo alguno del hilo argumental.

Del conjunto de decesos infantiles, un 16% se enmarcan en la variable accidentes. Aunque se trata de la misma cifra porcentual que los asesinatos que se acaban de analizar, no pueden equipararse en el aspecto cualitativo. Y eso porque los fallecimientos provocados por accidentes afectan a dos personajes principales y a uno secundario. Pero, una vez más, una de las muertes es fruto de un sueño y, por tanto no real. Es el caso del protagonista Tim (*Los raíles*), que es atropellado por un camión:

No le dio tiempo a pensar más, porque las ruedas del vehículo le pasaron por encima y dividieron su cuerpo en pequeños trozos. Él veía, sin embargo, desde fuera, con perfecta claridad, su cuerpo descuartizado sobre la calzada. De las heridas, en lugar de sangre salían pequeñas esferas numeradas, como las de la lotería (Delibes, 2008a: 859).

El desenlace de *El camino* comienza a encauzarse con el fallecimiento de Germán, el Tiñoso. Su caída, lucha por la vida y muerte final constituyen uno de los momentos más reseñables de la literatura delibesiana, quizás porque es en esta su tercera novela donde nuestro autor pone en práctica por primera vez su máxima de escribir como se habla (García Domínguez, 2010: 210), dejando a un lado el diccionario de sinónimos:

Germán, el Tiñoso, salto de roca en roca para aproximarse con un pedrusco en la mano. Fue una mala pisada un resbalón en el légamo que recubría las piedras, o un fallo en su pierna coja. El caso es que Germán, el Tiñoso, cayó aparatosamente contra las rocas, recibió un golpe en la cabeza, y de ahí se deslizó, como un fardo sin vida, hasta la Poza. El Moñigo y el Mochuelo se arrojaron al agua tras él, sin titubeos. Bra-

ceando desesperadamente lograron extraer a la orilla el cuerpo de su amigo. El Tiñoso tenía una herida enorme en la nuca y había perdido el conocimiento. Roque y Daniel estaban aturridos. El Moñigo se echó al hombro el cuerpo inanimado del Tiñoso y lo subió hasta la carretera [...]. De repente, el valle se había tomado gris y opaco a los ojos de Daniel, el Mochuelo (Delibes, 2007a: 424).

En *Diario de un cazador* el personaje secundario Mele fallece ahogado en un río. Al igual que en el caso del golpe de Germán, el Tiñoso, la descripción es rápida merced al lenguaje ágil y directo de Delibes, más si cabe si este habla por boca de su *alter ego* Lorenzo, que ya no es que no escriba, sino que, sencillamente, se expresa hablando:

Ayer se ahogó el Mele [...]. El sol era un infierno. Anduvimos corriendo calles hasta las cinco y luego bajamos hasta el río por los merenderos. Uno estaba diciendo en ese momento que se veía algo como un ahogado. Agarramos una barca y, según remaba, yo le pedía a Dios que no fuera el Mele, pero sí era. El chava parecía talmente de cristal. Me dio por temblar según le subía Melecio a la barca. Luego se quitó la americana y le envolvió en ella. Hablaba solo, como los locos, y dijo que no quería que le robaran al chico para encerrarle en el depósito como un perro [...]. La niña dijo que el Mele se había dormido, y, ciertamente, estaba tal cual el angelito sobre la colcha (Delibes, 2008d: 117).

La envergadura de las muertes de Germán, el Tiñoso y de Mele trae consigo que estas no se queden en el mero hecho luctuoso, sino que vayan más allá. En concreto, en ambos casos está muy presente ese desasimiento que tanto inquietaba a Delibes, ese dejar o ser dejado, sobre todo cuando, como es el caso, se trata de niños. De la misma manera, las exequias de ambos personajes están presentes en pasajes posteriores, como se verá en el apartado correspondiente. Y es que también en este caso la importancia que juega en la novela el personaje que pierde la vida suele ser proporcional a las líneas que se le dedican.

Aunque en el conjunto de la obra novelística delibesiana hay un total de diez personajes que deciden quitarse la vida de manera voluntaria (Salinas Moraga, 2016: 97), en una sola

ocasión es un niño quien decide poner fin a sus días. Se trata de Tomasita Espeso (*La hoja roja*), cuya repercusión en la novela es insignificante. Tanto que se trata tan solo de una inscripción en una tumba y de unos datos desvelados por un narrador omnisciente que quiere deslindar la simple enumeración de los muertos de la vida y la humanidad que se esconde tras ellos:

Ni la tumba de la niña Tomasita Espeso -«Hija, tus papás no te olvidarán nunca»-, poco más allá, hablaba de su terrores nocturnos, ni de que se colgara de una encina el 15 de mayo de 1910 para no presenciar el escalofriante choque de la Tierra con el cometa Halley, que la prensa anunciaba para el 18. (Delibes, 2008e: 613).

El último personaje infantil que muere asesinado se encuentra en *Madera de héroe*. Se trata de Gervasio, aunque, una vez más, su muerte es soñada y, por tanto, irrelevante, tal y como se analiza en el apartado siguiente.

5. MUERTES ONÍRICAS Y FLÉBILES ENSUEÑOS

Aunque ha quedado apuntado, en este apartado es el momento de profundizar en todos aquellos decesos que suceden en sueños o son meras imaginaciones del propio personaje. De las dieciocho muertes infantiles que se citan de manera explícita en la obra novelística de Delibes, tres se producen en sueños y una cuarta es fruto de la imaginación del personaje. De entre las primeras, las oníricas, dos son asesinatos y la tercera un atropello. La cuarta se puede tildar más como una ensoñación fantasiosa y pueril que de otra cosa. El primero de los crímenes que se lleva a cabo en sueños se describe en *Aún es de día*, donde Sebastián, el niño protagonista de la novela, sueña que el hijo recién nacido de Irene es ahorcado con su propio cordón umbilical. el crimen no aporta nada al argumento de la obra pero sí la descripción propia de un autor que todavía no había encontrado su estilo. La complejidad y minuciosidad en detalles muestran un Delibes en ciernes:

Sin embargo, a los tres días del suicidio de la Germana, Sebastián tuvo un sueño horrible que

le sumió nuevamente en sus preocupaciones y quebraderos [...]. En el fondo de la trastienda se apilaban unos sacos hechos con las piezas de colorines que figuraban en los estantes de los almacenes que constituyen un conjunto abigarrado y detonante. Encima del montón había una estructura informe, colgada también de una vigueta por el cordón umbilical (Delibes, 2007e: 987).

El efecto sedante de la talidomida que Ana (*Señora de rojo sobre fondo gris*) tomaba para paliar los devastadores efectos del tumor cerebral que padece y cuya complicación termina con su vida provoca que sueñe (o imagine) con «cosas atroces: con Mar descuartizada, sin manos ni pies. En realidad no sabía si lo soñaba o lo imaginaba en la duermevela» (Delibes, 2009: 632). Otra muerte no real está en *Madera de héroe*, en concreto en la figura del pequeño Gervasio, que *muere* dos veces. La primera cuando, en un alarde de heroísmo mal pensado, es capaz incluso de desear morir si con ello es capaz de atraer la atención de Manena Abad, una niña de quien el joven se había enamorado, quizás más por necesidad de tener una mujer que sufra su heroísmo que por otra cosa:

Y desde que trabó relación con Malena Abad, gustaba de integrarla en el relato, como testigo ocular de sus hazañas, y bajo su mirada el repulzno se exacerbaba, y con él sus fantasías, de forma que, en su paroxismo, no era raro que llegara a ofrecer su vida por la Causa. La imagen de la niña llorando su muerte, a más de conmoverle, le deparaba placer (Delibes, 2009a: 468).

Los flébiles ensueños de Cruz, hermana de Gervasio, traen a la imaginación la decapitación del niño, en este caso por la necesidad de ser sujeto digno de imitación en lo referente a santidad:

Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en sus flébiles ensueños, conducía dramáticas situaciones plásticas: Gervasio decapitado, la cabeza erizada dentro de un balde, y, alrededor, un coro de infieles (ella casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tamtam. La representación de la escena era tan vívida y la relataba con tal lujo de pormenores, que ambas hermanas se miraban y rompían a llorar desconsoladas (Delibes, 2009a: 316).

El último personaje infantil que sueña que muere es Tim (*Los raíles*), en este caso atropellado: «No le dio tiempo a pensar más, porque las ruedas del vehículo le pasaron por encima y dividieron su cuerpo en pequeños trozos» (Delibes, 2008a: 859).

En los cuatro casos señalados la repercusión en el hilo argumental es irrelevante por tratarse de muertes soñadas o imaginadas y, por tanto, no reales. Aunque es cierto que en nada influyen, por tanto, en la trama, conviene no pasar por alto dichas muertes, aunque sea para dejar constancia de hasta dónde llega la obsesión de Delibes por el hecho luctuoso.

6. LA RELIGIÓN COMO ASIDERO

Resultaría como mínimo extraño que la religión no ocupase un papel importante en la narrativa de un autor donde la muerte es parte determinante de su obra. Y, efectivamente, en el caso de Delibes el aspecto religioso no es un tema ausente o transversal a la muerte, sino otro punto de vista del mismo hecho: ambas cuestiones se reflejan desde vértices distintos del mismo poliedro. Y es que no es posible hablar del final de la vida terrena sin al menos mencionar la vida eterna, o la ausencia de ella, o al menos las dudas que plantea, más aún teniendo en cuenta la fe, siquiera superficial y esperanzadora, de la que hablaba Delibes:

Mi fe es confusa y difusa, días más días menos punto también yo pido a Dios una señal [...], pero Dios siempre guarda silencio. Mi fe se fundamenta sobre todo en Jesucristo. Cristo y su Evangelio me confortan. Cristo es mi asidero. Y por eso coma siempre con mil dudas e incertidumbres, confío encontrarme con él en la última vuelta del camino (García Domínguez, 2010: 869-870).

Aunque es cierto que la fe de nuestro autor se asemeja más a un asidero de esperanza que a una certeza, el consuelo que trae consigo la posibilidad de una vida eterna se plasma también en sus novelas. Y es que si bien no se puede hablar en sentido estricto de unos textos que se abracen a una fe ciega, sí que se vislumbra una visión católica de la

muerte, siquiera en su aspecto cultural. Las confesiones antes del último suspiro, la presencia de un sacerdote en los últimos momentos, la administración del sacramento de la extremaunción o, en fin, las oraciones que ruegan la salvación del alma del moribundo recorren las novelas de Delibes.

Los sacramentos y las oraciones finales dan forma a una religión más cultural que espiritual, ya no solo por la experiencia vital del propio autor, sino quizás también por estar ambientadas muchas de sus novelas en una época en la que la religión inundaba la sociedad, sus costumbres y sus gentes. Ya en *La sombra del ciprés es alargada* se afirma que «el sábado por la tarde se confesó Alfredo y en la mañana del domingo el párroco le llevó la comunión» (Delibes, 2007d: 107), mientras que en *El camino* don José, el cura, «llegó, abrazó al zapatero y administró al Tiñoso la Santa Unción» (Delibes, 2007a: 426).

Más allá de la administración de sacramentos, las preces finales están presentes en el velatorio de Alfredo y en el entierro de Germán, el Tiñoso.

En la primera novela de Delibes se reza al término del velorio:

Vencida casi la noche, la luctuosa reunión tomó un cariz distinto punto alguien dijo oportunamente que, aunque nos deshiciésemos materialmente en lágrimas, no por ello vamos a reintegrar la vida «al muchacho» y que creía más a propósito elevar al Cielo nuestras plegarias en una piadosa intercesión por su alma, que era lo único que pervivía. Seguidamente todos nos pusimos a rezar el Rosario dirigidos por doña Gregoria. Así estuvimos hasta que amaneció. Las oraciones rodaban monótonas, elevándose pausadamente hacia el cielo. Las largas letanías arrullaban las almas adormiladas por el dolor. Comprendí en aquella ocasión que orar es lo único digno que hacer en presencia de un difunto; que todo lo demás es una mera explosión de nuestro inacabable egoísmo (García Domínguez, 2007d: 114-115).

En *El camino*, por su parte, ya con un lenguaje menos recargado, la descripción es más directa: «Vibraba con unos acentos lúgubres la voz de don José, esta tarde, bajo la lluvia, mientras rezaba los responsos: *Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater*

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

*noster qui es in coelis...*A partir de aquí, la voz del párroco se hacía un rumor ininteligible» (Delibes, 2007a: 433).

Si las exequias de los niños fallecidos suelen ser extensas en detalles, en el caso de aquellos infantes que ejercen un papel protagonista en la obra, lo son aún más. En concreto, el entierro de Alfredo es, al igual que sucede en el resto de los pasajes de la ópera prima de nuestro autor, una acumulación de sinónimos rebuscados y estilo ampuloso y pretencioso que dota a la despedida del niño de una sensación artificial por exagerada:

Se detuvo en la carroza junto a la verja. Cuatro hombres se hicieron cargo de la caja sobre la que el párroco derramó la luz de paz de su responso. Vi entumecida de frío la vieja acacia bajo cuya sombra Alfredo eligiese el pie de un pino como lugar ideal de descanso. Avanzamos por el paseo central precedidos por el féretro. Cruces por todos lados. A la izquierda, a la derecha, al fondo... cruces y lápidas empenachadas de nieve (Delibes, 2007d: 117).

Ya en *El camino*, el entierro de Germán, el Tiñoso, se describe igualmente sin omitir detalles y por medio de un lenguaje directo y sin adornos innecesarios. El acto de despedida comienza a las cinco de una tarde lluviosa y con el valle impregnado «de los tañidos sordos, opacos, oscuros y hueco de las campanas parroquiales» (Delibes, 2007a: 431) y sigue con la descripción de una procesión que encabeza el cura y los cuatro hermanos del fallecido, que conducen el ataúd a hombros hasta el «pequeño camposanto del lugar» (Delibes, 2007a: 432) en el que apenas entraban todos los asistentes. Tras echar monedas en la arpillera y bajar el féretro a la tumba, «echaron mucha tierra encima. Después la gente fue saliendo lentamente del camposanto. Anochece y la lluvia se intensificaba. Se oía el arrastrar de los zuecos de la gente que regresaba al pueblo» (Delibes, 2007a: 435).

En coherencia con el grado de protagonismo de los jóvenes muertos, la descripción de las pompas fúnebres de aquellos niños cuya muerte apenas aporta nada a la trama pasa de puntillas en la novela. Es el caso de Rauli-

to (*La partida*) y de Mele (*Diario de un cazador*), donde Delibes se limita a las meras citas. Al primero «le encerraron en un cofrecito blanco» (Delibes, 2007c: 776), mientras que en el segundo caso don Floro, el sacerdote, habla con el padre de Mele y se limita a leer «el responso frente a la parroquia» (Delibes, 2008d: 118).

7. CONCLUSIONES

A tenor de los resultados que se desprenden de la investigación se puede afirmar que, efectivamente, la confluencia de infancia y muerte es tan habitual que no puede justificarse alegando mera casualidad. Y es que son dieciocho los niños que fallecen lo largo de la obra delibesiana. Y, además, dichos decesos no se centran en unas pocas novelas, sino que se distribuyen de forma homogénea a lo largo del corpus del autor, muriendo al menos un niño en quince novelas.

Sin embargo, la relevancia de los decesos infantiles resulta insignificante en el conjunto de la novela. O lo que es lo mismo: la muerte infantil es habitual en las obras de Delibes, pero no relevante cualitativamente. Excepción hecha del fallecimiento por hemoptisis de Alfredo y de la caída y posterior muerte de Germán, el Tiñoso, el resto de personajes infantiles muertos desempeñan un papel anecdótico en la trama.

En lo que respecta a la tipología mortuoria, en la mayoría de las ocasiones esta es desconocida por no explícita. En los casos en los que el autor menciona la causa de la muerte, en un 22% de las ocasiones esta es consecuencia de una enfermedad. En este aspecto resulta llamativo el asiduo recurso a la violencia para terminar con la vida de los jóvenes personajes. En concreto, la muerte está detrás de un 70% de las causas mortuorias conocidas, cifra alta pero coherente teniendo en cuenta que la naturaleza no suele castigar con la muerte a las personas jóvenes. Así, los asesinatos y los accidentes representan el mismo porcentaje de causas mortuorias: un 16% cada una, mientras que el suicidio, la decapitación y la muerte como consecuencia directa de un conflicto bélico se sitúan, cada una, en un 6%.

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

Por lo expuesto, sorprende que el propio Delibes admitiese la frecuente aparición de la muerte de niños en sus novelas cuando en realidad este hecho es más anecdótico que sustancial, sobre todo si se analiza la entidad que los infantes desempeñan en la trama novelística. Así, aunque no es desdeñable que en quince de las veintiséis novelas al menos se cite la muerte de un menor, es inexcusable hacer hincapié en que, salvo en dos casos (*La sombra del ciprés es alargada* y *El camino*), el deceso infantil es un hecho que pasa de puntillas sobre la narración, por lo que la mayoría de las obras en las que Delibes termina con la vida de un niño no perderían un ápice de su sentido si se omitiera dicha muerte.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso de los Ríos, C. (2010). *Soy un hombre de fidelidades. Conversaciones con Miguel Delibes*, Madrid, La esfera de los libros.
- Ambassa Lascidyl, C. (2000). The meaning of the triptych “woman-child-dead” en *El hereje* by Miguel Delibes, *Aula 12, Ediciones Universidad de Salamanca*: 213- 222.
- Bardin, L. (2002). *Análisis de contenido*, Madrid, Akal universitaria.
- Bermúdez Cañete, F. (1992). “El arraigo de Miguel Delibes”. *El urogallo: Revista Literaria y cultural*, 73, pp. 30-33.
- Buckley, R. (2012). *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo*, Barcelona, Destino.
- Cárdenas, V. (2020). “La ética-estética delibesiana”. *Ínsula: Revista de letras y ciencias humanas*, 877, pp. 39-43.
- Cuevas García, C. (director) y Baena, E. (coordinador). (1992). *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Anthropos Editorial.
- Delibes, M. y Umbral, F. (2021). *La amistad de dos gigantes. Correspondencia (1960-2007)*. Destino.
- Delibes, M. y Concejo, P. (1980). “Entrevista con Miguel Delibes”. *Anales de la narrativa española contemporánea*, vol. 5, pp. 165-170.
- Delibes, M. (2007). «Después de *El hereje*», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 17-18.
- (2007a). «El camino», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 291-440.
- (2007b). «Mi idolatrado hijo Sisí», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 443-769.
- (2007c). «La partida», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 771-796.
- (2007d). «La sombra del ciprés es alargada», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 1-288.
- (2007e). «Aún es de día», en *Obras completas I. El novelista I*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 799-1066.
- (2008). «La barbería», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 925-947.
- (2008a). «Los railes», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 833-881.
- (2008b). «Las ratas», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 649-774.
- (2008c). «Los nogales», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 911-924.
- (2008d). «Diario de un cazador», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 5-146.
- (2008e). «La hoja roja», en *Obras completas II. El novelista II*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 477-647.
- (2009). «Señora de rojo sobre fondo gris», en *Obras completas IV. El novelista IV*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 591-668.
- (2009a). «Madera de héroe», en *Obras completas IV. El novelista IV*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 295-589.
- (2009b). «El hereje», en *Obras completas IV. El novelista IV*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 669-1033.

LITERATURA - NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

- (2013).«Los niños», en *Obras completas VI. El periodista. El ensayista*, ed. Ramón García Domínguez, Barcelona, Destino, pp. 753-768.
- Estébanez Calderón, D. (2016). *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza editorial.
- García Domínguez, R. (2010). *Miguel Delibes de cerca*, Barcelona, Destino.
- Guerrero Ruiz, P. (1996). *Aproximación textual a la literatura infantil en Miguel Delibes*. Universidad de la Coruña.
- Highfill, J. (1996).“Reading and Variance: Icon, Index and Symbol in *Cinco horas con Mario*”. *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 21, nro. 1/2, pp. 59-83.
- Reid, W. y Sherman, E. (1994). *Qualitative research in social work*, Nueva York, Columbia University Press.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2003). *Metodología de la investigación cualitativa*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Salinas Moraga, I.(2022). “La muerte como elemento catalizador de la novela de Miguel Delibes”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 24, núm. 1, pp. 297-318.
- (2021). “Mujer y muerte en la novela de Miguel Delibes”. *Lectura y signo*, vol. 16, núm. 1, pp. 97-110.
- (2016).«La presencia de la muerte y sus tipologías en la novela de Miguel Delibes», Tesis, Universidad CEU-Cardenal Herrera (Valencia-España).
- Sevilla-Vallejo, S. (2022). La acción narrativa en las obras de Miguel Delibes. Aplicación de metodologías activas en los niveles léxico, sintáctico y textual en el aula universitaria. *Tarbiya, revista de Investigación e Innovación Educativa* 50, 163-177.
- Sevilla-Vallejo, S., Seneleuterio, E. y Millán Scheiding, C. (2023). Identidad, ecocrítica e interseccionalidad en la obra de Miguel Delibes. Aplicación en el aula del Grado en Maestro de Educación Primaria. *Trem de Letras (Brasil)*, 5, 8

